

LA PAZ SEA CONTIGO

Había quedado a las siete de la tarde en los estudios de una cadena de televisión situada en las afueras de Madrid. Lo iban a entrevistar durante media hora para, una vez más, hablar de lo suyo. Cuando su coche enfilaba el Paseo de la Castellana dirección norte, a Enrique le sonó la carretera. Vivía en Madrid desde hacía apenas dos meses y medio pero se dio cuenta de que por allí había pasado antes. Su conductor se lo confirmó: “Sí, esta es la carretera de Colmenar Viejo”. “Ah, entonces está por aquí la iglesia del cura...”. “Está un poco más adelante, pero en la otra dirección, frente a una gasolinera por la que vamos a pasar enseguida”.

La entrevista fue agradable y eficaz. El tráfico de vuelta a Madrid, un 15 de diciembre, estaba horroroso pero Enrique disponía de casi una hora para llegar a una cena oficial organizada por el alcalde de Madrid. Volvió a preguntar por la iglesia del cura. “Está ahí, detrás de aquella casa iluminada” –dijo su conductor. “Pues pare un poco aquí mismo, a la derecha, y vamos a ver si está don Luis”.

La pequeña iglesia se encontraba envuelta en penumbras. Cuando Enrique empujó el portón de la entrada, la nave central estaba completamente desierta. Se persignó según avanzaba hacia el altar mayor. Sólo después de dar cinco o seis pasos empezó a oír la voz que salía de una pequeña capilla adyacente. Se acercó en silencio y ahí lo encontró. Ahí estaba el cura. Ahí estaba Luis, celebrando la Misa. Vestía una casulla morada, impecable, en cuyo centro figuraba el anagrama de su parroquia, Santa María la Blanca. La voz, fuerte y clara, y los brazos... los brazos abiertos hacia nadie. El cura estaba solo. Completamente solo. Ni un alma. Cuando levantó los ojos y vio a Enrique, su amigo Enrique, se le quebró un segundo la voz pero siguió leyendo la palabra de Dios. ¿Para Él? ¿Para sí? A Enrique esa liturgia en soledad le pareció un testimonio de fe absolutamente conmovedor. El entorno acompañaba. Ese ambiente medio frío pero acogedor de las iglesias. Todo rodeado de sombras pero luz tenue en la capilla. Y el incienso, ese incienso penetrante, cálido, embriagador. La escena del cura entregado a su Misa solitaria en verdad sobrecogía el ánimo. Y encima Enrique había llegado en el minuto mismo en que el cura estaba a punto de dar la paz. Si hubiera llegado un minuto más tarde, aquella noche del 15 de diciembre, cuando faltaban apenas diez días para la Navidad, Luis, el cura, no habría tenido nadie a quien abrazar. “La paz sea contigo, Enrique”. “La paz sea contigo, Luis”.

Fernando Pajares

Post Scriptum. Esto no es un cuento de Navidad. La escena sucedió, tal cual, el pasado 15 de diciembre. Luis y Enrique son dos personalidades. Luis es Luis Lezama, un sacerdote español que después de montar un impresionante grupo de hostelería dentro y fuera de España (el Café de Oriente y la Taberna del Alabardero a la cabeza), ha optado por volver a la parroquia. Y Enrique es el uruguayo Enrique Iglesias. No, no el cantante, sino el Secretario General Iberoamericano, el hombre en quien han puesto su confianza los Jefes de Estado y de Gobierno de 22 países de Europa y América Latina para impulsar la Comunidad Iberoamericana de Naciones.